IX.

LA TERTULIA.

Aquella misma noche habia una pequeña reunion en Trevor House, y lord James jugaba una partida de Whist con el flemàtico doctor Muller, el lord Stewart y el famoso poeta sir Arcadius Bombastic.

Lady Campbell estaba rodeada de su corte, a la que solo faltaban el marques de Rio Santo y el hermoso caballero Angelo Bembo. Encontrábase allí lady Stewart y su hija, la linda y alegre Diana, lady Margaret Wawerbempilwoodie, baronesa, la rubia Cicely Kemp. Sir Pablo Waterfield, lord Jhon Tantivy, el Sportman, el vizconde de Lentures Luces y otros muchos.

Hacia cinco dias que María Trevor no salia de su cuarto; pero esta noche bajó al salon para reunirse con miss Diana Stewart, su mejor amiga.

La pobre María estaba muy débil y cambiada: su delicado talle parecia encorbarse bajo el peso de una angustia harto dolorosa, y no se podia mirar sin compasion la grande palidez de su rostro.

Entre ella y su amiga habia una diferencia notable: miss Stewart era una morena de ojos negros y de preciosa boca, con una sonrisa maligna que la hacia encantadora.

Daba pena el ver a su lado a María, cuya belleza mas distinguida y de un tipo superior, desaparecia ante el brillo deslumbrador de su alegre compañera: ¡habia tanta palidez en sus facciones y tal congoja en sus apagados ojos!

Las dos jóvenes hablaban aparte, y el resto de la reunion rodeaba la chimenea bajo la presidencia natural de lady Campbell.

La conversacion vagaba sobre mil objetos distintos, cosa que suele divertir ó llamar el sueño, segun las circunstancias.

Lady Campbell dirigia la conversacion con su destreza habitual, y como tenia su idea fija, la hacia recaer periódicamente sobre el marques de Rio Santo.

—No le he visto en el parque, dijo el lord John Tantivy, hace.... esperad.... cinco dias al ménos.

—No se le ve en ninguna parte, añadió lady Margaret.

—¡Es un eclipse total! murmuró distintamente el pequeño frances Lentures Luces; hablo con seriedad.

—Querido, vos hablais siempre con seriedad, replicó el Sportman subiéndose el lazo de su inflecsible corbata.... Hace cinco dias que subia el marqués por Kitty Bell en su yegua blanca que ganó el penúltimo *handicap* en Epson.... ¿No estábais vos allí, sir Pablo?

—Allì estaba, milord.... pero ciertamente, miladies es necesario que el marques no se deje ver en ninguna parte para desterrarse así del círculo de milady (sir Pa-

blo saludó a la hermana de lord Trevor), y debe suponerse que una indisposicion....

—El marques de Rio Santo no está enfermo, dijo la honorable Cicely Kemp, mordiéndose los labios; se cuentan cosas muy estrañas de su grande casa de Belgrave Square....

—¿Y qué se dice, amor mio? preguntó vivamente lady Margaret.

—¡Oh! señora, contestó Cicely Kemp mordiéndose los labios con mayor fuerza, las jóvenes que no son casadas no deben mostrarse muy instruidas en esa clase de sucesos.

El Sportman reprimió una carcajada, pensando que su yegua *Frasquita* no hubiera respondido mejor.

Lentures Luces se inclinó con aire de amabilidad y dijo:

—Miss, habeis dado una preciosa escusa: hablo....

—¡Seriamente! concluyó el vengativo Sportman.

—Miladies, dijo Tantivy, ¿alguna de vosotras ha oido hablar de Brian de Lancester?

—No, desde la famosa comedia que nos dió en Covent Garden, respondió lady Campbell.

—Cuyos dias siguientes se quedò en cama el conde de White Manor, añadiò lady Margaret.

—Se dice que está enamorado, murmuró Cicely Kemp poniéndose muy encarnada.

—El amor es el solo bien verdadero sobre la tierra, miladies, declamó de léjos el poeta Bombastic.

Esta salida hizo olvidar el poco decoroso adjetivo empleado por la honorable Cicely Kemp. ¡Hablar de amor a los diez y seis años!

—El tal Brian de Lancester, dijo Lentures Luces, podria solo llenar de anécdotas todos los salones de Londres....

—Seguramente, contestó lady Stewart.

—Contadnos alguna, esclamó lady Campbell.

—Por cierto, señoras, contestò aquel, que no es una cosa nueva.... hace mas de tres semanas que sucedió, aunque los periòdicos no han hablado de ello que yo sepa.... He aquí la historia.... Brian comió cierto dia con el príncipe Dimitri Tolstoy, embajador de Rusia.

—¡Oh, si yo fuera embajadora! pensó la honorable Cicely Kemp.

—Es preciso que sepais que Su Gracia bebe como un cosaco y que tiene un vino muy melancólico.

—¡El vino! esclamò desde su asiento sir Arcadius Bombastic: el vino, ese néctar precioso de los dioses, que el cielo ha rehusado a nuestros frios paises: el vino, alegría de los fuertes y vigor de los débiles; el vino, que la mitología nos demuestra bajo la forma de un hermoso jóven coronado con verdes pámpanos, con la sonrisa en la boca y con la dulce palabra en los labios.

—Su Gracia, prosiguiò Lentures Luces, suspira al sesto vaso de champaña, llora al duodécimo y solloza a los diez y ocho.

Ese dia justamente estaba afectado Lancester por sus ideas tétricas, é hizo el duo con el príncipe hasta el décimooctavo inclusive. Cuando la dòsis escede de este número, señoras, tiene Su Gracia la costumbre de romper los platos y cuanto se halla sobre la mesa.... Es un capricho nacional; pero por lo demas, paga a la mañana siguiente los daños que hizo la víspera.

Brian rehusó seguirle en su destruccion y se limitó a sollozar. De ahí se originó una discusion grave y se citaron para la mañana siguiente en Greenwich, donde debia tener lugar un duelo a muerte, pues el príncipe estaba furioso.

—¿Y se batieron? proguntó miss Cicely Kemp.

—¡Un poco de paciencia, amor mio! replicó lady Margaret.

—Cansado de destruir el príncipe, continuó Lentures Luces, se levantó para marcharse, pero le detuvo Brian.

—Milord, le dijo, no conozco nada mas fastidioso que batirse, con espada ó pistola.

—Nos batirémos al sable, contestó el embajador.

—¡Diantre! mejor seria lanza.... ¿quereis que sea con lanza, milord?

—¿Què decis, caballero? esclamó el embajador, creyendo que se burlaba de él.

—Os pregunto, milord, si os gusta la lanza.... pero no.... eso se pareceria a los inocentes torneos de ciertos lores escoceses....Tratemos de buscar un medio para poder matarnos lo ménos neciamente posible.

Sentóse de nuevo Su Gracia, trajeron mas champaña y se bebió de firme. El príncipe se embriagó como el primer marques de Irlanda en los bellos tiempos de este pais.

Lancester era hombre que podia beberse un tonel sin que le hiciese la menor operacion.

—Milord, dijo Brian al cabo de media hora, es preciso ahorcarnos.

—¡Enhorabuena! esclamó el príncipe, ahorquémonos.... ¡*Waiter!* vengan dos cuerdas.

—¿Para qué dos, milord? sabeis que es un duelo.... con una bastarà. Los dados nos hacen falta para echar a la suerte cuàl de los dos debe ahorcar al otro.

—¡Ah! ¡He ahí una idea de Lancester! esclamó lady Margaret.

—¿Y se ahorcò alguno de ellos? preguntó la honorable Cicely Kemp.

—Esperad un poco, hermosa mia....

El príncipe gritó: ¡bravo! continuó Lentures Luces. Desde entónces eran él y Brian los mejores amigos del mundo; trajeron los dados, perdió Lancester y fué condenado a ser ahorcado.

La alegría del príncipe le ponia fuera de sí.

Seria como media noche cuando Su Gracia y Brian salieron del club cojidos del brazo, dirigiéndose hácia Portland-Place.

—Pero en fin, dijo la honorable Cicely Kemp, M. de Lancester no ha sido ahorcado, puesto que....

—¡Por favor, querida, escuchad! esclamó lady Campbell; pocos cuentan una historia como M. de Lentures Luces.

—¡Ah, señora! vos me lisonjeais demasiado, balbuceó el vizconde.

La honorable Cicely Kemp se acercó al oido de lady Margaret.

—Señora, murmuró *ex-abrupto*, ¿queréis llevarme en vuestra compañía la primera vez que vayais á ver ahorcar?

Esta salida terrible hizo estremecerse en su sillon à lady Margaret.

—¡Dianche! querida, replicó, ¡á vuestra salud!

—Cuando llegaron á Portland-Place, ante el palacio del conde de White-Manor, prosiguió Lentures Luces, se quitó Brian la corbata y fraque, y dijo a Su Gracia:

—Vamos, príncipe, atadme el cordel al cuello, si gustais.

El embajador no se hizo de rogar: costóle algun trabajo; pero con buena voluntad, señoras, se consigue todo. Algunos minutos despues colgaba Brian de Lancester de un hierro de los que sostienen los faroles, y Su Gracia se moria de risa contemplándolo.

—¡Cómo!—esclamó el coro femenino,—¿tan adelante llegó la cosa?

—Sí, miladies.

—Pero en definiva, objetó Cicely Kemp, M. de Lancester no ha sido ahorcado enteramente.

—Se diria que lo sentis ¡amor mio! dijo con acrimonia lady Margaret.

—¡Oh! no, señora, contestó la honorable miss; pero es preciso que toda historia tenga un fin.

—Esa es una verdad profunda enunciada en vulgares tèrminos, dijo de léjos sir Arcadius Bombastic: toda historia, como todo drama, debe tener esposicion, trama, desenlace.... peripecia.

—¡Y bien! interrumpió lady Campbell sonriendo, apuesto cualquier cosa a que el vizconde no deja de tener una peripecia de reserva.

—Seguramente, señora, respondió Letures Luces, con cierto aire de modestia; mi historia tiene un fin cual vais a ver.

Brian se cojió a la cuerda con ambas manos, y antes de lanzarse a la eternidad, maldecia a su hermano con voz retumbante, lo que atrajo algunas personas a las ventaoas, de forma que al morir el pobre Lancester llevaba al menos el consuelo de dejar entregado a la escecracion el nombre del conde de White Manor.

—Vamos, Brian, vamos; amigo mio, decia el príncipe, que se habia sentado en la acera; soltad la cuerda como un mozo de valor.... y no me hagais esperar mas.... que me resfrio....

Lancester continuaba arengando: acusaba a su hermano de su muerte y llamaba sobre él la maldicion del cielo.

En esto pasaron algunos agentes de policía y las gentes de las ventanas les gritaron que socorrieran a aquel desgraciado pue se ahorcaba. Brian se apresuró a soltar la cuerda, pero fué en balde, porque lo descolgaron los agentes de policía, a pesar de los valerosos esfuerzos del príncipe Dimitri Tolstoi, que perdió dos dientes en esta memorable batalla.

Pero cuando Brian se repuso un poco, cambiaron las cosas. Vos sabeis, señoras, cuán terrible es el tal Brian cuando se incomoda.... Y bien, su cólera llegó al estremo al ver que se habian permitido descolgarle. Los agentes de policía eran cuatro; pero arremetiendo contra ellos Brian, en dos minutos los derribó a todos por tierra, como si hubieran sido soldados de plomo.

En seguida saludó respetuosamente a Su Gracia el embajador de Rusia, que tambien se revolcaba, mal parado, por el lodo, y se fué tranquilamente a dormir.

—¡Deliciosa locura! dijo lady Margaret.

—En verdad, miladies, añadió la hermana de lord Trevor, si no hay otro M. de Lancester para inventar y poner en ejecucion estos *escéntricos* caprichos, convenid en que tampoco se encuentra quien sepa narrarlos como el vizconde.

—¡Ah, señora! ¿os chanceais? murmuró Lentures Luces, lleno de satisfaccion.

—¡Aquiles fué bien dichoso en encontrar un Homero! pronunciò en tono sentencioso el poeta.

—¿Y qué se hizo el embajador de Rusia? preguntó Cicely Kemp.

—¡Eh! amor mio, ¿què importa eso?....

Hablóse algunos minutos de esta aventura y luego se divagó sobre diferentes materias. Lady Cambell ponia en juego todos los recursos de su gran talento para impedir con destreza que recayese la conversacion en Frank Perceval.—Fatalmente era bien dificil, porque en una pequeña reunion es preciso hablar de todo....

La honorable Cicely Kemp, que representaba allí el papel que el pintor francés da a sus *Muchachos terribles* en sus magníficos cuadros de costumbres, pronunció el nombre de Frank, y lady Margaret preguntó qué era de él. Lady Campbell lanzò una mirada inquieta a su sobrina; pero el nombre de Frank habia producido ya el efecto temido. La pobre María reclinaba su pálido rostro en el hombro de Diana Stewart.

—Frank continúa enfermo, respondió Lentures Luces, y no sale de casa ni recibe a nadie.

—Permitidme, querido, replicó Tantivy, contento de poder contradecir a su dichoso rival, permitidme que os diga que acaso no os recibe, pero que sale, pues acabo de encontrarle en Regent Street, a la puerta de la condesa de Derby.

—¡Ah! esclamó lady Campbell, ¿su primera visita es para lady Ofelia?.... No creia que mediase entre ellos tan estrecha amistad.

—La condesa de Derby necesita distracciones, esclamò Cicely Kemp con aturdimiento.

En el momento en que acababa su frase, que acaso no era mas que la repeticion de lo que habia oido a alguna lady en edad de razon, se abrió la puerta de par en par y anunciò un criado:

—La señora condesa de Derby.